



ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS II

INCLUYE RELATOS DE LA TERCERA VERSIÓN DEL CONCURSO

PRESENTA:



MINERA ESCONDIDA
Operada por BHP Billiton

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS II

INCLUYE RELATOS DE LA TERCERA VERSIÓN DEL CONCURSO



PROYECTO ACOGIDO A LA LEY DE DONACIONES CULTURALES

WWW.ANTOFAGASTAEN100PALABRAS.CL

AUSPICIAN:



APOYAN:



ORGANIZA:



Selección

José Ignacio Silva, Ignacio Arnold y Carmen García

Edición

José Ignacio Silva

Diseño

Margarita Ibañez

Diseño de íconos

César Gabler

“ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS II”

© **Fundación Plagio**

Registro de Propiedad Intelectual N° 227559

ISBN: 978-956-9304-01-9

Primera edición: mayo de 2013

Tiraje: 20.000 ejemplares

Se terminó de imprimir en abril de 2013 en Quad/Graphics

Av. Pajaritos 6920, Estación Central, Santiago.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA / PROHIBIDA SU VENTA

Descarga la versión en audio de todos los cuentos incluidos en este libro en

www.antofagastaen100palabras.cl

**ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS II**

INCLUYE RELATOS DE LA TERCERA VERSIÓN DEL CONCURSO



Minera Escondida tiene una larga trayectoria de trabajo con el mundo de la cultura y ha optado por ella como un ámbito de diálogo entre la minería y su entorno. Este acercamiento nos ha permitido establecer alianzas con personas e instituciones vinculadas a la literatura, las artes escénicas y visuales, la música y el patrimonio, articulando, de esta manera, redes de colaboración mutua que han dado vida a innovadores proyectos culturales.

Nuestro aporte en esta área se fundamenta en la convicción de que, por medio de la cultura, estamos realizando un aporte concreto al fortalecimiento de la identidad local, el mejoramiento de la calidad de vida y la generación de capacidades en la Región de Antofagasta.

El concurso literario “Antofagasta en 100 Palabras” es un valioso ejemplo de sinergia entre estos tres objetivos. A través de estos relatos vemos aparecer y tomar forma aquello que es esencial y propio de los antofagastinos: su relación con el trabajo y la riqueza minera, sus símbolos más característicos, memorias y recorridos de la infancia y la juventud, sabores y colores de una ciudad que se va transformado día a día.

Asimismo, por medio de la distribución gratuita de 20 mil ejemplares del libro “Antofagasta en 100 Palabras: los mejores 100 cuentos II”, Minera Escondida realiza un aporte al fomento de la lectura, entusiasmando a jóvenes y adultos a encantarse con esta maravillosa experiencia, que abre nuevos mundos y nuevos horizontes.

“Antofagasta en 100 Palabras” es parte del programa de acceso y difusión de iniciativas culturales de excelencia que Minera Escondida, operada por BHP Billiton, lleva a cabo de forma sostenida en Chile desde hace más de trece años. Entre ellas destacan el Festival Internacional Antofagasta a Mil, la alianza con la Orquesta Sinfónica de Antofagasta y el ciclo de formación Filmar la Identidad, entre otros.

Minera Escondida

Escribir es recorrer. Desde lo minúsculo a lo inmenso, desde lo trivial a lo significativo, desde lo olvidado a lo inolvidable. Escribir un cuento es un punto de partida. Antofagasta ya está en la ruta y hoy continúa a través de este segundo libro, que recoge los mejores 100 cuentos de la versión 2012 del concurso de cuentos breves “Antofagasta en 100 Palabras”.

¿Quiénes escriben Antofagasta? ¿Por qué la escriben? ¿Para qué escribir de ella y de nosotros? Por algún motivo Elena cruzó la frontera y los perros vagos de Antofagasta ya no tienen qué perseguir. Alguna vez se bailó ese foxtrot y un primer beso se dio en la Avenida Brasil. Una empanada de mariscos en Coloso por la mañana y una goleada a la vida en el desierto. Un hombre viejo en la pampa y otro que partió a la capital. Antigüedades en la Feria Modelo y el aroma a leche y pan con paté de los Pequitas y la Karen. Dejó de ser rubio en Antofagasta y en la Plaza Colón, un pato yeco habla con una paloma. Alguien se comió toda la tierra del desierto y alguien osó equilibrarse sobre la alta cimbra perdida de la Puntilla.

Los cuentos que ahí habitan son los mismos habitantes de la ciudad, de la Región; son circunstancias hermosas y hondas; son memorias recortadas de la realidad y la geografía, fijadas para siempre en el tiempo. Son, finalmente, palabras, historias, cicatrices y cuerpos con vida que han decidido respirar, a través de un gesto natural y a la vez excepcional, escribiéndose.

La felicidad de recibir ese gesto nos hace presentar para ustedes este libro, que reúne los 100 mejores cuentos de la versión 2012 del concurso y que, a su vez, da inicio a la cuarta versión del certamen.

El proyecto “Antofagasta en 100 Palabras” ha buscado inscribir durante estos años aquella pulsión que se aloja en los grandes relatos de la historia: lo humano. Eso pequeño que da la apertura para escribir hacia lo grande y colectivo, y que habita aquí, en estos cuentos.

Fundación Plagio

La fotografía

La fotografía con el reloj de la Plaza Colón de fondo está perdiendo sus colores. Joven y vital, la figura me mira y sonrío. Se parece a mí hace 30 años. “¿Aún quieres volver al sur?”, le pregunto. “No”, me responde, “ya no quiero”.

Alejandro Silva, 52 años, Antofagasta



Itinerario

Permítase gritar un gol del Bellavista y vaya por el regalo para su amada. Salúdeme al Chico de las Conchas afuera del Caracol. Por la tarde llévela a las Colonias y cuando se asomen al mar, cuénteles que Ud. se bañó bajo el Galeón. Tómela de la mano, llévela al balneario y asómbrela con los clavadistas de la puntilla. También muéstrela las Ruinas desde el Mirador. El finde invítela a pescar. ¿La Portada? ¿El Lenguado? ¡Cualquiera! Lo importante es no perderse el inmenso fulgor, Don Guille. Acuérdesse de su juventud. ¡En el Parque Brasil los besos saben mejor!

Jessica Letelier, 32 años, Antofagasta



Ciudad de cobre

Mi mamá me contaba siempre de Antofagasta, siempre hablando de las minas de cobre. De niño solía creer que Antofagasta era toda de cobre. Con casas y calles de cobre, alcachofas de cobre, personas con ropajes de cobre y gaviotas con alas de cobre. Yo quería llegar aquí, levantar una piedra de cobre y jugar con chanchitos y lombrices de cobre.

Pablo Salinas, 24 años, Antofagasta



Incompatibilidad

Yo extranjera. Él, chango. Yo filósofa. Él, minero. De lunes a viernes comía polvo en el cerro. Los sábados, en Llacolén, se deslizaba en su tabla como una gaviota y se fundía en la espuma del poderoso mar. Los domingos almorzábamos en el Curvo con su abuelo, quien había entregado su juventud al cobre de Codelco. Lo amé de Coloso a la Rinconada, de la Chimba a la Costanera. “Somos incompatibles”, me dijo cuando terminó conmigo por teléfono, y me di cuenta de que me faltaba conocer otro lugar en Antofagasta: el vertedero.

Anna Apollonio, 47 años, Antofagasta



Chuquicamatinos

Somos una especie en peligro de extinción.

David Soza, 27 años, Calama



Reducción

Se crió en la pampa y su cancha de fútbol era todo el desierto. Cuando tuvo que entrar al colegio, su familia se vino a Antofagasta. Su padre compró una modesta vivienda en calle Condell, cerca de la Estación Nueva. Fue entonces cuando su cancha se redujo a un patio de tierra de seis por cinco metros. Al primer chute, avergonzado tuvo que ir a buscar la pelota donde la vecina.

Jorge Ruz, 69 años, Antofagasta



Retorno

Y después de algunos años de deambular, volvió a esta tierra arcillosa, en que los días y las estaciones eran casi iguales, donde el mar trata incansablemente de romper las rocas que no lo dejan llegar hasta la arena, y donde el viento nocturno de los altos de la ciudad y la camanchaca que empapa las calles en las noches frías de invierno, le recuerdan que ha llegado a casa.

Alejandra Hermosilla, 34 años, Antofagasta



Aquí aprendí

Aquí aprendí que la jerga “la legal” sigue existiendo. Que el pan “batido” es la marraqueta en Santiago. Que afuera nos dicen “colombiafagasta”. Que los mineros ganan más plata que todos los demás. Que el agua potable es del mar. Que las camionetas son más importantes que los autos. Que la expresión “bajar y subir” es sinónimo de trabajar, y que el atardecer es el mejor que pueda existir.

Marzia Pérez, 26 años, Antofagasta



La batería Pearl Export gris

Llegó a María Elena como regalo de Navidad el 86. El 87 se trasladó hacia Antofagasta, calle Peine, la casa de mis abuelos. Desde entonces, y debido a su uso, fue cambiando de domicilio y personas, viviendo en las calles Sucre, Angamos, Atacama y Manuel Rodríguez, y paseando por locales y lugares como Pub Studio, Serenata, La Vega, Favorecedora, Coviefi y La Golfo. Estuvo perdida dos años y fue rescatada desde la población Prat B y llevada a calle Esmeralda. Hoy descansa en calle Linares, la casa de mis padres, donde un timbal se usa como macetero de una flor.

Juan Pablo Paniagua, 39 años, Antofagasta



Mal día para la ciencia

Y por llevar piedras en la mochila, me llevaron detenido. De nada sirvió decir que era estudiante de geología.

Daniel Gutiérrez, 22 años, Antofagasta



Profecías

Caminando por la plaza, de la mano de mi madre, escuché la primera profecía: “Si pasas bajo el Kiosco de Retreta, siempre volverás a Antofagasta”. Paseando con mi abuelo conocí la segunda profecía: “Si osas tocar los testículos del León de la Plaza, te irás de esta ciudad”. Fui osado y aquí estoy en Estocolmo, con 10 grados bajo cero, esperando que la Municipalidad repare el kiosco para volver a pasar bajo su sombra y recuperar el sol, los coloridos cerros al atardecer y aquella estrella solitaria sobre el mar.

Elsa Salzmann, 66 años, Antofagasta



De visita por la Chango

Mi tía Chila, que vive en la Chango, me decía que el chico Checho era bueno pa' la uña. Lo vine a corroborar cuando en una tarde de julio, la 107 me dejó en Rengo con Leucotón, y, desprovisto de cualquier señal de auxilio, del peaje no me libró nadie. Ahora me bajo una cuadra más al sur, en la esquina de Tegualda con Leucotón, donde el chato apodado “el Colchón” es más tela.

Luis Araya, 25 años, Antofagasta



Callejero

Recorría Antofagasta entera entregando bebidas desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, por Matta, Prat, Baquedano, al norte en Pérez Canto y pasando por Bonilla, alcanzando Los Leones. Subía y bajaba La Perla día a día, calle a calle, poblaciones y villas, enamorándose de la camanchaca que salía después de caer el sol y esperando cada día el llamado de su nieta preguntándole: “¿Tata, estás trabajando?”.

Carla Gómez, 22 años, Antofagasta



Vida de perro

Dicen que desde que Antofagasta se ha llenado de congestión vehicular y esperas en el centro, los perros vagos ya no tienen qué perseguir. Del existencialismo han pasado al nihilismo.

Farid Char, 29 años, Antofagasta



La voz el instrumento

El Juan hace de beat box, el Justin le pone el talento con el freestyle. Nos juntamos en la Plaza Colón y caminamos por el centro. El hip-hop es puro, ese que habla de lo cotidiano. Nos paramos afuera de los bancos y verseamos. La gente nos mira. A veces nos escuchan, otras veces simplemente nos echan. Si ellos no pueden ver la realidad, nosotros se la cantamos.

Eduardo Cuturrufu, 38 años, Antofagasta



Aurora

Nos juntábamos cada sábado a las ocho de la mañana frente al colegio San Luis. Escuchábamos los sermones del cura buena onda que hablaba extraño y luego subíamos en la 7 hasta la circunvalación. Desde allí caminábamos hasta el cerro, siempre agotados. Era una interminable subida hasta el campamento “Aurora Esperanza”, mágico lugar donde nos recibían siempre alegres los niños, entre promesas rotas y olor a tierra mojada. Ahora quedan sólo recuerdos del aroma a leche y el pan con paté, de los Pequitas y la Karen, del Melena y su astucia, corriendo a dejarnos siempre lejos del cerro.

Natalia Mascaró, 26 años, Antofagasta



Recursos

A cobre muerto, litio puesto.

Álvaro Delgado, 37 años, Antofagasta



Por eso está en cama

Como casi todas las tardes, ella se sentó en la arena a mirar el sol hundirse junto a Juan López. Las nubes lo eclipsaban, formando una hermosa muralla color mandarina. Y, en menos de cinco minutos, el día se transformó en noche, la fresca brisa en ventolera, las mandarinas en moras, y la sonrisa en estornudo. Y Juan se rió.

Héctor Araya, 21 años, Antofagasta



Verdadera realeza

Se miró al espejo mientras tomaba su pelo de cobre. Sus ojos de salar se humedecieron. No podía llamar a su familia en Colombia para contarles que había logrado convertirse en una reina a sus diecinueve años. Respiró profundo y salió al escenario de su molino en Condell para conocer al que le tocará de rey.

Pablo Aravena, 29 años, Antofagasta



Crecer

No es la edad, no es la madurez, no es el resto lo que te dice que ya no eres un niño, que ahora eres grande, que ya no puedes jugar como antes. Te lo dice un hecho muy simple: caber o no caber en los patitos del Parque Brasil.

Fernanda Muñoz, 23 años, Antofagasta



Temporada de conejos

A uno de los tres hermanos le toca ir a comprar el pan. El más chico se ofrece y la abuela, desde su silla de ruedas, le sonríe traviesa. Una vez en la panadería Papic, le roba al kilo dos batidos y con el recorte compra un par de conejitos de pan de huevo. Por un segundo imagina el castigo que le darían. Mira su reloj de Bugs Bunny y corre. Llega a casa, y, sin que su mamá se percate, entra rápidamente al dormitorio de la abuela, levanta el paquete de conejos y grita: “ Cacer a cumplida!”.

Felipe Espinosa, 40 años, Antofagasta



Los arenales

Todos los fin de mes recolecto los malos entendidos, los dolores y las lágrimas. Subo el cerro La Cruz, y, en esos basurales improvisados que nadie ve, lo desecho todo. El olor a olvido es insoportable, pero lo más triste no es eso, sino el ver que ya no hay espacio para tanto de aquél. Y los que vivimos más alto estamos perdiendo la memoria.

Sebastián Poblete, 24 años, Antofagasta



Antigüedades

Mi padre solía comprar antigüedades en las inmediaciones de la Feria Modelo. Hoy, en el otoño de su vida, es él quien debe venderlas.

Tania Sepúlveda, 43 años, Antofagasta



The end

Yo estuve cuando cerró el Cine Nacional. Fue una mañana fría, a mediados de año. Estaban desarmando todo, planificando cómo sacarían las butacas, moverían las vitrinas, cerrarían las oficinas. Me acerqué al flaco que proyectaba. No habló, sus ojos vidriosos delataban pesar. Me quedé con él y otros sobrevivientes del descalabro. Una foto lo atestigua. Cuando pusieron el candado en la reja, nos despedimos sin agregar más. Los vi marchar, cabizbajos. Miré el interior de la sala, ahora oscura y vacía. Juraría que un vaquero cruzó por uno de los pasillos y que el viento alzó las faldas de Marilyn.

Víctor Bórquez, 52 años, Antofagasta



Vía crucis

MENCIÓN HONROSA

Nervioso, toma una micro para ir al Evaristo Montt. Quiere agradecer por algo que lo tenía preocupado. Lleva una vela por el favor. Por la Avenida Brasil se siente algo más aliviado. Le dan ganas de bajarse y sentarse en el pasto. Mira la vela en su mano y sigue de largo. “Concéntrate”, pensó. Por Condell, se da cuenta de que su error ya ha sido arreglado y va pensando en no cumplir su parte del trato. “Ingrato”, pensó. Llegando al lugar santo, sabe que la volverá a cagar. Tira la vela por la ventana y la micro sigue.

Carlos Pérez, 28 años, Antofagasta



Recuerdos de La Puntilla

El asombro se apoderaba de la gente cuando algún muchacho osaba equilibrarse sobre la alta cimbra perdida de La Puntilla, arrojándose al mar de brazos abiertos y estallando el balneario de un certero clavado.

Roberto Fuentelzar, 38 años, Antofagasta



La espera

Cada día es un combate entre la piel y la trova de un frío pavoroso, que, por cierto, ultraja desde siempre las madrugadas del desierto. El viento está galante, pues al ritmo de un trote nortino, sacude el bolso que alberga la vianda del día. A medida que pasan los minutos, algunos fuman y otros forman el cúmulo con sólo conversar. La persiana de estrellas que iluminan el alba son todo un espectáculo desde la ventana... Ahí viene el bus.

Jorge Rojas, 21 años, Antofagasta



La negra

Mudo testigo del ir y venir de compatriotas y extranjeros en búsqueda de oportunidades laborales. Ésa es la negra, entrada sur de Antofagasta.

Manuel Araneda, 41 años, Antofagasta



Antofagasta 3012

Desde la Corporación de Vivienda de Empleados Fiscales enviamos al mundo el último informe acerca de la situación de todas las poblaciones y los habitantes de ciudad de Antofagasta. No importa que se haya acabado el salitre. No importa que se haya acabado el cobre. No importa que se haya acabado el litio. Nosotros nos quedamos bajo el sol y frente al mar.

Cristóbal Galleguillos, 30 años, Antofagasta



Carnaval

Sus ahorros no le alcanzaron para ir al Carnaval de Río. Se tuvo que conformar con ir a la Avenida Brasil a ver los carros alegóricos del 14 de febrero.

Javier González, 36 años, Antofagasta



Linares

Yo era rubio hasta que llegué a Antofagasta.

Lindor Gutiérrez, 22 años, Antofagasta



Caracol

Ahí se juntan, es su lugar. La gente pasa y los mira, extrañados. Son raros, llaman la atención. Se ven distintos, usan piercings, tienen tatuajes, pelo de colores artificiales. Ése es su lugar, no tienen otro. Son tachados de marginales, inadaptados, resentidos sociales, artistas, soñadores, adictos. Fuman, conversan, ríen, se aburren. El caracol es territorio suyo y de los perros vagos que ladran a los que pasan, porque no son de parte del lugar. Soy del caracol también, con mi arcoíris capilar, mis perforaciones, mi ropa “rara”. Fumo y miro cómo me miran feo. Soy otro inadaptado más del caracol.

Joel Retamales, 18 años, Antofagasta



Violeta

Llegamos al Aeropuerto Cerro Moreno. Me dijeron que le querían poner “Andrés Sabella”. Para mí, ese nombre es mejor. Atravesamos toda Antofagasta para llegar a casa. Ahora vivo en Coloso. Papá no quiere que vaya a un colegio, es sobreprotector y contrató una profesora privada llamada Angie. La polola de papá quiere organizar mi fiesta de 17 porque mi mamá murió. Me molesta, porque ella invitará a sus amigos, y no a los míos. Además, mi papá no me deja salir. El otro día me escapé y recorrí casi toda Antofagasta. En realidad es muy bonito. Mi pasión es cantar.

Fernanda Vega, 12 años, Sierra Gorda



Larga como tu patria

No puedo creer lo larga que eres. Por la mañana una empanada de mariscos en Coloso, al mediodía una cazuela en el mercado, por la tarde frutas y verduras de La Chimba, y ni siquiera eso alcanza para conocerte bien.

Felipe Solar, 31 años, Antofagasta



Día de colegio

Aquél fue uno de esos días. El chofer de la micro me echó por no tener el pase escolar, una gitana me maldijo por no darle lo que, a estas alturas, sólo era el dinero del pasaje, y, finalmente el tropezar con el exagerado pie de un personaje que vende mentitas, coronó mi día.

Francisco Rojas, 19 años, Antofagasta



Sonríe

Todos los días se miraba al espejo y una gran sonrisa se dibujaba en su cara. Se le habían caído los dos dientes delanteros y su sonrisa le recordaba a La Portada.

Natalia Cortés, 20 años, Antofagasta



Danza de palomas

La taza de café estaba servida. No halló más que su bufanda café y el diario del domingo pasado con el crucigrama hecho. Buscó el pan, lo cortó en trocitos, los echó en una bolsa. El café se había enfriado antes de marcharse. Tomó una micro 3 y entró sin pagar. El chofer milagrosamente no le dijo nada. El timbre suena, el viejo se baja y emprende rumbo a su afán. Eran las palomas de la Plaza Colón. Cómo gozaba verlas danzar por tan sólo una miga de pan.

Franco Talamilla, 23 años, Antofagasta



Vuelta en U

Tomó sus cosas y partió a la capital a probar suerte. A los pocos días retornó a su puesto en la Avenida Prat. No pudo con el árido desierto santiaguino y la espesa camanchaca gris.

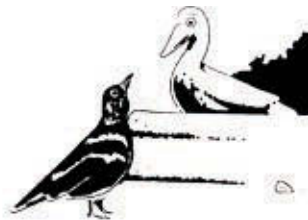
Pablo Aravena, 29 años, Antofagasta



La paloma y el pato yeco

Días atrás escuché a un pato yeco hablar con una paloma en la Plaza Colón. Mientras se refrescaban en la pileta, el pato yeco preguntó a la paloma si la plaza era buen lugar para vivir con su familia. Los habían expulsado de los árboles porque los llenaban de nieve, y en un lugar tan caluroso como Antofagasta, la nieve no le viene al paisaje.

Moisés Plaza, 22 años, Antofagasta



La micro 3

De lunes a viernes a las 7:10 horas, me acostumbré al frío que bajaba desde los cerros, mientras esperaba la única micro 3 que me llevaba desde la Feria Prat, en un viaje de 35 minutos, hasta la Universidad del Norte. Éramos siempre los mismos. El recorrido me lo sabía de memoria. A muchos no los volví a ver nunca más. Hoy, 30 años después, ya no vivo en la población O'Higgins, pero cada vez que paso por la ex calle Ancud y miro desde la plaza hacia el norte, me imagino que pronto pasará nuevamente la micro 3.

Wilson Troncoso, 47 años, Antofagasta



Infinito

“Y desde acá pueden ver el infinito y algunos barquitos hechos de papel”, dijo un primo a sus otros primos, mientras estaban sentados en la cima del cerro, sobre un ancla gigante que apuntaba al mar.

Giannela Espinoza, 25 años, Antofagasta



Escuela D-66

Mientras las chicas florecían, unos seis u ocho de nuestro curso nos dedicábamos a jugar en el recreo con pelotas hechas de calcetines. Da el pase, pateas, fintas por aquí y por allá. Al final, el objetivo era marcar el gol. La campana marcaba el término del corto partido. De eso ya hace más de veinte años. Importaba sólo eso, divertirse. En este desierto, a la vida le ganábamos por goleada.

Ruguel Tapia, 37 años, Antofagasta



Mi despertador

Posado en las ramas del árbol de la esquina, cada mañana mi despertador insiste en sacarme de la cama. Su canto potente no tiene relación con su porte, sí con su gracia. Quienes lo ven, lo confunden con un simple gorrión, pero su bufanda escarlata y su penacho bicolor son inconfundibles. Cada mañana mi despertador grita al viento, primaverando cualquier estación. El café acaba. Parte rumbo a quién sabe dónde, quizás a despertar a otro como yo. Invisible. Escurridizo. Despertadores como mi chincol hay muchos en esta ciudad, pero la prisa y la ansiedad nublan la vista del angustiado transeúnte.

César Díaz, 41 años, Antofagasta



En el principio

Antes de que el mineral brotara de los oscuros socavones subterráneos, Antofagasta bostezaba somnolienta en la siesta del mediodía. Después del descubrimiento, ya nunca más volvió a dormir.

Soledad Montesinos, 39 años, Antofagasta



Palabras al viento

Como todas las semanas se instala en la esquina de calle Prat con Matta. Saca su atril con unos cancioneros y, con el mejor de los entusiasmos, empieza a dar su mensaje cristiano, ayudado por un débil megáfono. Habla de aleluyas, de los pecados, del perdón y del paraíso prometido. Lleno de emoción, entona las alabanzas y muestra su Sagrada Biblia para que nadie refute sus palabras. La gente mira de reojo. Otros sólo caminan. Los sonidos de la calle se confunden con la voz del predicador. Su amigo que lo acompaña sólo lo observa. Sólo son palabras al viento.

Felipe Troncoso, 23 años, Antofagasta



El secreto de los temblores

Quizás los movimientos telúricos que se dan en Antofagasta no son más que aceleramientos de su corazón al ver que Juan López la seduce con estrambóticos peinados de vapor.

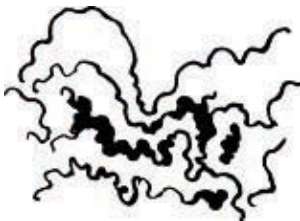
Carlos Ríos, 18 años, Antofagasta



Amanecer

Quise ver el amanecer cuando niño, mientras Antofagasta dormía. Nunca lo logré, pero mi ventana daba al mar y veía a Venus hasta que se desaparecía. En las tardes, desde calle Paraguay bien arriba, imaginaba que el banco de nubes era una ola gigante, pero el agua me alcanzó desde los cerros. Esa noche nadie durmió.

Daniel Toledo, 42 años, Antofagasta



Des-orden

El día en que el reloj de la plaza paró, todas las gitanas, palomas y ajedrecistas cambiaron de lugar. Los ajedrecistas se quedaron en las piletas, las palomas leyeron la suerte y las gitanas... bueno, las gitanas sólo cambiaron de lugar.

Alondra Barraza, 22 años, Antofagasta



Encuentro casual

Era lo más hermoso que había visto. No sabía si eran sus lindos y grandes ojos negros, o el canela tostado con el cual habían pintado su piel, lo que hacía que se sintiera ingrátido, flotando, bañado con una sublime e irresistible atracción. Su mente, despistada por los sueños, no advirtió cómo ella se despedía agitando su mano, mirándolo, feliz. Con los músculos inhabilitados por las mariposas que recorrían su cuerpo, la vio alejarse, meciendo su vestidito azul. Al mirar la rústica estructura del reloj de la Plaza Colón, planeó, en su imaginación, el mágico y colorido siguiente encuentro casual.

Washington Pavez, 24 años, Antofagasta



Me fui

La dejé sólo unos meses y para cuando volví rodaba cerro abajo desde la Coviefi, hecha un bulto de arrollados de primavera, y traía en su mano izquierda una muñeca de trapos sucios, con la que me golpeó tan fuerte en la cara que nunca más me atreví a dejarla.

Juan Pablo Ahumada, 22 años, Antofagasta



Una agenda es un hermoso regalo si la vas a utilizar

Hoy, jueves 14 de junio del presente año, Juan Cea le regala una agenda hermosa de color verde a su compañera y amiga de proceso de formación profesional, Carolina Seitz, quien desde hace días ha dado a conocer a muchos, indirectamente, cuánto necesitaba una, y con frustración nos cuenta que en este período del año no encuentra la suya, porque además deseaba una agenda que tuviese la tabla planificadora al comienzo de cada mes. Al recibir aquel simbólico regalo, inmediatamente comienza a llenarla, dejando el amplio espacio vacío de fechas anteriores a ésta para escribir “historias que contar”.

Carolina Seitz, 24 años, Antofagasta



Amada

Ella no entendió por qué, siendo un cliente más, como tantas noches en la esquinas de calle Serrano, él tomó su mano luego de una hora de servicios y con sólo una sonrisa la hizo sentir la mujer más amada del mundo.

Manuel Salazar, 26 años, Antofagasta



De las externalidades negativas

Trabajar tantos días fuera de casa me han convertido en un romántico y un detallista. El otro día volvía de mi turno y encontré a mi mujer con alguien. Supuse que era un amigo. Sé que no estoy nunca en casa, pero para qué ser tan mal pensado. Mientras mis niños me sigan diciendo “papá”, todo estará bien.

Roberto Pasten, 22 años, Antofagasta



Par de mirones

Éramos dos mirones apoyados en la ventana, fascinados con la vida, recorriendo la ciudad desde La Chimba hasta la Universidad. Pero cuando de improviso nuestras micros se cruzaron, ninguno fue tan valiente como para sostener la mirada.

Anlley Fernández, 23 años, Antofagasta



Ella

Ya se había acabado la noche. Los últimos empleados del Abasto se iban a sus casas, luego de una excelente jornada. Dejó la taza de café sobre el piano. Levantó la tapa de las teclas y ordenó las partituras. Era un triste y hermoso amanecer para tocar. Las notas llenaron la sala y suavemente un blues comenzó a sonar. No miró las hojas, la había tocado tantas veces que estaba arraigada en su memoria. Cerró los ojos y disfrutó. Una media sonrisa iluminó su rostro. El próximo fin de semana quizás ella vendría.

Daniela Danesi, 29 años, Antofagasta



Vida laboral

Son un cuarto para las ocho de la tarde. Los cuatro días de descanso se esfumaron en un instante. Debo ir a dejarte al paradero para que un bus repleto de hombres desganados te lleve a un lugar gélido por la madrugada y sofocante por la tarde, además de desértico e inhabitable. Es que odio la rutina de la despedida, pero más debes odiar tú la temperatura extrema, la chusca y la apatía.

Pilar Sáez, 27 años, Antofagasta



Primera vez

Se encontraron por primera vez en la Avenida Brasil. Ahí también se dieron su primer beso. Luego se casaron. Hoy no están juntos, pero cada vez que alguno de ellos transita por ese lugar, esboza una sonrisa.

Andrea Olivares, 38 años, Antofagasta

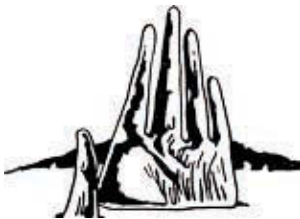


Tu turno

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Te dije que me vengaría. Tal vez no sea buena idea guardarle rencor a la gente, pero como ves, igual lo hice. Cavé un pozo profundo, lleno de barro. Finalmente jugué a tu mismo juego, sólo que a mí me resultó. Te empujé y caíste a la profundidad. Y ahí quedaste, inmóvil. Sólo la mitad de tu mano derecha quedó al descubierto, porque el resto de tu cuerpo ahora yace bajo la arena del desierto.

Gabriel Pérez, 16 años, Antofagasta



Hombre viejo

Yo miraba su piel curtida desde el asiento trasero. Toda una vida de sacrificio que se reflejaba en las cuadrículas de su cuello quemado. Nació de la tierra al trabajo, como los hombres de antes, como los que faltan hoy en día, más aguerridos. Miré sus manos y me acordé del cerro, y, a pesar de su pelo color concreto, bajo la visera de ese jockey viejo, divisé el reflejo del hombre en la pampa.

Estefany Godoy, 23 años, Antofagasta



Y se cree minero

No conoce la poruña, ni tampoco el capacho. Pero es el que más la estira del grupo, y, según él, el más lacho. Jamás ha conocido la Mágica Receta, y cada vez que baja se las da de punceta. No conoce pique, ni quebrada alguna. Ni siquiera en sueños ha visto la dorada hebra que da fortuna. Se queja a diario de que ser minero es agotador, y sólo va de faena en faena con un computador.

Ruque, 43 años, Antofagasta



El último bolero

La tarde de aquel miércoles, el viejo guitarrista estuvo en casa de su amigo Nibaldo, recordando los años dorados cuando su grupo “Fantasía” amenizaba casamientos, bautizos y fiestas de Fin de Año. “Ahora prefieren todo envasado”, comentó con amargura, mientras escuchaba un bolero de Lucho Barrios. Al anoecer se encaminó a su hogar en los altos de la Feria de las Pulgas. Tarareaba silencioso “Bésame mucho”, cuando al subir un escalón sintió una aguda punzada en el costado. Antes de caer vio flotar una bella bailarina con un tocado de plumas. Con un beso cerró sus viejos ojos para siempre.

Soledad Montesinos, 47 años, Antofagasta



El filósofo de Coloso

Nos habló de Locke y de Kierkegaard. Citó a Hume, leyó unos pasajes de Heidegger. Criticó a Nietzsche y repudió a Sartre. Aun así, no le creímos nada: para el bote, era sólo un pescador.

Ximena Díaz, 30 años, Antofagasta



Don José

Don José miró la muestra que estaba arriba de un montón de tierra y asintió. Era de buena ley. Don Alfredo, emocionado, abrazó a Zuleta, el cateador, y de ahí en adelante se armó un alboroto y griterío. Todos en el campamento se abrazaban y celebraban el gran descubrimiento. Don José tomó la muestra como un tesoro y contemplando la inmensa pampa me dijo: “Hermenegildo, ahora empieza la historia del salitre”. Los espejismos del desierto me hacían hablar solo. El peso de mi mochila, ralentizaba mi marcha. De pronto una camioneta paró y me llevó a Antofagasta.

Juan Francisco Rojas, 55 años, Antofagasta



Caminar en dos extremos

De día, corbatas, trajes y celulares; de noche, minifaldas, tacos y medias caladas. De día un cafecito y el Chico de las Conchas; de noche un ronquito y un viejo en una mocha. De día Don Hernán en el café de siempre; de noche la Giselle en su esquina de siempre. De día, pasos apurados; de noche pasos asustados. De día los que viven, pero de noche los que sobreviven.

Patricia Acori, 39 años, Antofagasta



¿Duele?

MENCIÓN HONROSA

Aún recuerdo esos golpes en el pecho. Eran manos fuertes las que nos sacudían. Sin embargo, nunca pudimos evitarlo. “Ya llegó el loco de los puñetes”, gritábamos en una alerta general. Cada día, en la salida, estaba él a la espera, pidiendo un cigarrillo, contando sus fantasiosos logros arriba del ring, mostrando sus músculos de acero. Y esa marea de liceanos intentando soportar el nuevo jab del inolvidable Palomilla Corvalán. Cómo nos dolió saber que nunca pudo llegar donde él tanto quiso. “Nunca es nunca para los campeones”, alardeaba el mismo Palomilla, encumbrado en un trago del viejo Farruco.

Juan Buendía, 58 años, Antofagasta



El Huaqueado

Ese día en el cementerio de Cobija había un ambiente algo turbio, con un sol que quemaba los ojos por dentro. Despedían al cuidador. Cuando caminó hacia las cruces de madera, cojeó. Alguien le había quitado los zapatos, su anillo y su corbata. Hoy, sin su propia carne, se la pasa buscando en la rendija las fichas con la que cree comprar harina.

Alexis Díaz, 43 años, Antofagasta



Soprano de semana

Nadie sabe su nombre, nadie sabe qué quiere, pero todos reconocen la lana beige de su chaleco carcomido por el tedio, y la boina que cobija sus cabellos. Se dice que todos los días se levanta temprano y espera, estrujando sus congelados dedos contra su boca, a que llegue la primera. Se sube y entona diez coplas de diez minutos cada una, agradece y, esbozando la sonrisa más sincera del norte, se baja sin pedir nada más que una audiencia boquiabierta.

Víctor Cueto, 23 años, Antofagasta



Remolinos de recuerdos

La señora Carmencita vende remolinos de papel en la Plaza del Mercado. A veces no vende nada. Tiempo atrás eso poco le importaba, pero ahora ya no tiene a sus hijos con ella. Ellos, muy contentos, al caer la tarde la esperaban sentados en la puerta de su casa para que les regalara un beso, una caricia y un remolino.

Oriel Morales, 50 años, Calama



Sin un cobre en los bolsillos

Con la esperanza de encontrar un buen trabajo, Carlos Londoño observa cansado el horizonte marino. Sin monedas en los bolsillos, se percata de que el mar comienza a arrojar a las arenas grandes cantidades de cobre. Carlos, como un minero acuático, apila el metal que le regala esta cobriza ciudad.

Claudio González, 31 años, Antofagasta



Un hombre junto al mar

Hoy desperté de nuevo con la luz del amanecer. El frío de anoche caló mis huesos y mi piel. Mi perro fiel me acompañaba a un costado y el reloj de la Plaza Colón daba como siempre sus campanadas. Tenía sólo una moneda y un pedazo de pan en el bolsillo. Para sentirme libre, fui al balneario municipal y cerré los ojos para escuchar el sonido del mar. Eso me dio fuerzas para volver a empezar otro día más.

Leticia Caballero, 33 años, Antofagasta



La mesa marrón

El primero en llegar como de costumbre es John Wayne. Lo sigue Daniel Boone. Pocos minutos después, el Mohicano. Y, siempre al límite de la hora, el Huaso Parra. Uno los ve y oye, y siente desfilarse la historia de toda una generación de mineros a la antigua, hablando del corazón en la mesa marrón del casino faenero en altura y desolación.

Luis Valdés, 45 años, Antofagasta



Gallo en corral ajeno

Golpe al mentón y al suelo. Gana el primer round. Flaco y rubio, dijo que tenía dieciocho, pero cumplió recién los quince. No lo conocían. “Es un forastero más de los que pasan”, dijeron en el pueblo, mientras les arrebatava el título. Última pelea y la “Maravilla Rubia”, como lo bautizaron, está a punto de noquear al mejor del campeonato obrero. La galucha arde en pifias en su contra. Desde el barrio americano aparece el administrador del yacimiento, sube al cuadrilátero y saca a tirones al Rucio. No es posible que un hijo del gringo gane en corral ajeno.

Felipe Espinosa, 41 años, Antofagasta



Como un aria que se apaga

La fachada tiene rostro vigente. Adentro, el tiempo parece detenido. La sala de espera ha tomado el color vetusto del mobiliario. En la consulta, la antigua maquinaria dental parece reliquia de esplendores tecnológicos. El profesional octogenario casi no despega los pies del suelo al caminar. Pronuncia nombres antiguos como letanías. Sólo su voz extrañamente diáfana parece del presente, cuando entona un aria de Verdi con inusual energía. La última nota de su canto es casi una despedida. Pienso que como Rigoletto, así se extinguirán también un día el León de la Plaza, el Cerro del Ancla y La Portada estoica.

Manuel López, 57 años, Antofagasta



Papeles mudos

Las prostitutas y traficantes se pasean por calle Condell, donde los mineros recién pagados llegan a saciar sus ansias. De pronto comienza una redada. Todos corren y gritan, excepto Miguel. La policía le cae encima, lo golpean e insultan. En la copia feliz del Edén es gran delito ser extranjero, negro y homosexual. Su carrito sanguchero yace tirado en el piso. Los chilenos lo miran con lástima, pero no dicen nada en su defensa. El pasaporte es un papel inútil ante el prejuicio. A pesar de los moretones, y aunque el frío le escarche los huesos, mañana volverá a comenzar.

Juan Carlos Vega, 37 años, Antofagasta



El último foxtrot

No importa qué ficha le haya tocado, ni con quién haya bailado ese foxtrot. Da lo mismo lo pintado que se viera. Pasó el tiempo, las oficinas comenzaron a cerrar. Ya, vivir del salitre, era una utopía. Se tuvo que ir, pero cada paso del foxtrot quedó en esas tierras, ya inhabitadas, que, en algún momento, fueron grito y plata para él.

Ricardo Araya, 18 años, Antofagasta



Retirado

PRIMER LUGAR

Se comió toda la tierra del desierto y ahora está ahí sentado, mirando cómo sube y baja el chorro de agua de la pileta. En las bancas de la plaza hay varios haciendo lo mismo, pero nunca conversan. Sólo se miran de vez en cuando, para ver si hoy siguen estando los de ayer.

Ximena Ríos, 49 años, Antofagasta



Mar de riqueza, cueva de oro, vida de peón

Despertó, se duchó, comió y trabajó, Así pasó un mes, un año y la vida. Y aunque nació en el mar de la minería y en la tierra del marinero, murió sin un cobre en el bolsillo.

Carolina Vega, 24 años, Antofagasta



Corvallis

Las ráfagas de viento no dan tregua ni un minuto. El estruendo de calaminas y puertas sueltas no dejan dormir a nadie. Maldigo los pestillos de las puertas del segundo piso por no hacer bien su pega. Observo la calle principal que cruza la población desde el principio a fin. Me llama la atención la limpieza, como que hubiera bajado una colérica aspiradora del Salar del Carmen succionando todo a su paso. Y, dando una lucha sin cuartel a cada estudiante, los más pequeños logran avanzar cobijándose en las piernas de sus madres.

Juan Astudillo, 59 años, Antofagasta



4x4=16

Miguel aprendió en la escuela, a punta de coscorrones, que 4×4 es 16. Pero algunos años después tuvo que aprender de nuevo, esta vez a punta de sol y desierto, de perderse los cumpleaños de sus hijos y aniversarios de matrimonio, y pasar las Navidades y Años Nuevos lejos de casa, que para él 4×4 no es 16.

Patricia Acori, 39 años, Antofagasta



Mar de recuerdos

Era noche cerrada cuando, sin razón aparente y sin dejar tiempo alguno para reaccionar, las llamas, furiosas e imparables, consumieron totalmente el portentoso galeón, dejando nada más que cenizas y recuerdos de un pasado diferente, de mayor gloria y esplendor. Ahora el navío recorre imponente las aguas del mar de historias que el tiempo no perdona y la memoria no borra.

Felipe Núñez, 20 años, Antofagasta



El diagnóstico

“Nada grave hombre. Usted es simplemente alérgico al cobre”, dijo el médico mirando los exámenes, mientras a su paciente se le deformaba la cara en una mueca de llanto.

Carlos Noemi, 35 años, Antofagasta



Los pájaros

Si había algo que ella amaba era sentarse y mirar el mar. Le gustaba ver a los pájaros volar e imaginar que era uno de ellos. Y en su interior sabía que, si algún día se convertía en pájaro, sería el que volaba en la dirección contraria a la bandada.

Milca Llantén, 20 años, Calama



Schoperías

Y de nuevo despertó en el living de su casa.

Bryan Saavedra, 21 años, Antofagasta



Dar la luz

Mi padre me contó que su abuelo falleció en Mejillones. Era víspera de Año Nuevo y él tenía la misión de “dar la luz”. Fue solo a la fábrica a encender la electricidad que duraba algunas horas. Al mover el interruptor, una fuerte descarga acabó con su vida. Mientras todos celebraban, él yacía muerto sobre el frío piso. Ahora, en Año Nuevo, cuando la población queda a oscuras, me acuerdo de él. Quizás quiere que alguien más vaya a dar la luz.

Pablo Campillay, 26 años, Antofagasta

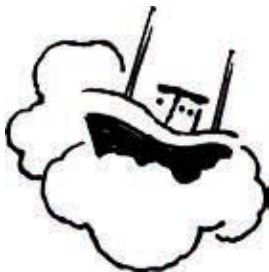


Patas para arriba

MENCIÓN HONROSA

Un día el ancla del cerro amaneció al revés y los barcos estaban en el cielo.

Rodrigo Ramos, 39 años, Antofagasta



Colores

Caminé hasta que el silencio fue absoluto. El cielo minado de nubes anaranjadas y moradas se mezclaba con la gama infinita de colores de los cerros. Sólo yo, los colores y el silencio, hasta que la paz me llenó por completo. Entonces lo comprendí: el desierto tiene su propio lenguaje.

María José Seguí, 26 años, Antofagasta



Desierto hostil

Y agobiado por la sed y el calor, el gigante se desplomó.
Después de miles de años, la arena había dejado sólo su mano
al descubierto.

Álvaro Gutiérrez, 26 años, Antofagasta



La camanchaca

Ahí estaba yo, de nuevo, mirando al gallo ante mis ojos. Pronto la sentí detrás de mi espalda. Apareció sigilosamente y me atrapó. Estaba fría y vestida de blanco. No me dijo nada. Y cuando ya el gallo no cantaba más, desapareció, dejándome ahí plantado otra vez.

Ítalo Donoso, 21 años, Antofagasta



Cuidando fronteras

“¿Cómo están las fronteras?”, “Despejadas, señor. No hay señas del enemigo”. “¿Y qué me dices del enemigo principal?”, “Se espera su avanzada más tarde este día, señor”. “Me parece, debemos proteger el castillo”. “¡Señor, el enemigo se acerca antes de lo estimado!”. “¡Maniobra evasiva de protección!”. Una enorme ola arrasa con un imponente castillo antes de lo presupuestado, dejando a dos tristes guardias mojados y cubiertos de arena.

Shuylang Carrasco, 18 años, Antofagasta



La armonía del ocaso

Y como dice la gente del sur: “Allá en el norte los cerros no tienen ni un árbol”, ignorando la matización del artista más sofisticado.

Daniela Lagos, 25 años, Antofagasta



Mi mamá

Mi mamá se convirtió en paisaje. Vivió la pampa y adoptó esa ecuanimidad inexplicable del desierto. Tenía la fuerza y la calma del mar. Con los años, su cara se fue llenando de sutiles surcos, imitando la particular belleza de los cerros. Y sus ojos. Sus ojos guardaban el verde de su breve infancia, ese que se trajo al norte, donde, como una flor extraña, echó raíces, a pesar de su entorno yermo. El trabajo y los tejidos convirtieron poco a poco sus manos en nubes. Mi mamá hoy está en todas partes.

Claudia Zazzali, 39 años, Antofagasta



Un hombre que descansa

Heme aquí sobre un trono pétreo. Sudoroso de sal, mar y viento. Empinado arriba, donde sólo siento los aplausos de mis súbditos de espuma. Contemplando abajo, donde el mar se agita en multitud y brama angustiado por tocarme. Soy rey sobre mi trono, con corona de sol en la cabeza y perlas de espuma como manto. Soy rey, amo, señor de mi silencio y de mi alma, que se mece en la resaca. Soy simplemente un hombre que descansa.

Sebastián Poblete, 24 años, Antofagasta



Ducha teléfono

Entonces contesté y una a una se ahogaron mis palabras.

Valeska Valdés, 23 años, Antofagasta



Montaña rusa de alta mar

En las bajadas, los peces son rehenes. En las alturas, perplejo, el mar utiliza el crepúsculo para diferenciarse del cielo. No basta con tener la emoción a flor de piel, ni reír como niños en cuncunas voladoras. Es tan costoso el regreso, que eso y sólo eso ayuda a mitigar el cambio de color en el cargamento. Una vez en el puerto, se tejen los hocicos hasta llegar a doce, se arrastra la cola marcando manda de procesión religiosa, y, en pocos minutos, no queda nada. Sólo corazones alegres y panes en la panera.

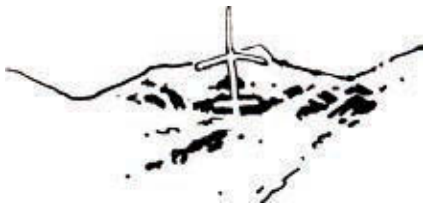
Luis Carmona, 21 años, Taltal



Guerra de gigantes en el desierto

Y de pronto todo ese bello y peligroso desierto se transformó en un campo de batalla. Los gigantes modernos llegaron en masa, se apoderaron de la mayor parte del terreno y las personas, haciéndolos parte de ellos. Sin embargo, yo disfruto de los primeros gigantes, aquellos naturales que, aunque fueron ignorados, no han sido superados. Uno de ellos es especial para mí. A veces me poso sobre él y comparto el silencio. Es fácil reconocerlo, ya que desde este gigante natural puedo ver todo. Ah, y por supuesto lleva un gran ancla en su pecho.

Francisco Rojas, 19 años, Antofagasta



Colores

El café imponente, acompañado por el pequeño verde. El gris se ha convertido en un forastero desagradable, tejiendo telarañas que insolentan al celeste, cortando al joven verde, contaminando al majestuoso azul y profanando al café, extrayendo el preciado tesoro rojizo de sus entrañas.

Juan Cristóbal Ríos, 22 años, Antofagasta



Nubes del norte

Puede haber un día soleado de verano en el sector sur, pero los del norte somos el lado nublado de la fuerza.

Leandro Torres, 22 años, Antofagasta



Un abrazo a la distancia

Elena viajó kilómetros, cruzó la frontera y llegó a esta tierra de vernáculos y foráneos donde vive sola. Lloro en las mañanas. Lloro en las noches. Extraña a su hijo. En las tardes no, no puede, el tiempo no alcanza, el trabajo es duro. Y todo lo hace por él.

Liliana Amigo, 33 años, Antofagasta



Rojo invierno

Y llegó la mañana en que sus cortinas apenas dejaban pasar esa luz tímida, velada. Afuera, el gris. Jugo de naranja y un café con tres de azúcar. Antes de salir, se pone su bufanda roja. Le gusta cómo se ve el rojo en los días nublados.

Carlos Riveros, 41 años, Antofagasta



Niño de lluvia

Él, que nació acá y conoce sus calles, sabe en cuál esquina esperarme. Yo lo vi un día en el centro, en el mercado. Los dos íbamos apurados, miedosos de la gente y sus ojos. Nuestro saludo fue escueto y sombrío, como deben ser los primeros encuentros. Y ahora, heme aquí en sus brazos, anestesiada por sus historias de niño. Él, que nació acá, toma su guitarra. Yo miro el cielo y las nubes. Él toca, a mis espaldas, sus canciones.

Sheila Geraldo, 24 años, Antofagasta







ENVÍA TUS CUENTOS A LA IV VERSIÓN
DE “ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS”
Y PODRÁS SER PARTE DE LA PRÓXIMA
EDICIÓN DE ESTE LIBRO.

CONVOCATORIA ABIERTA ENTRE EL 4 DE MAYO Y EL 8 DE JULIO DE 2013

BASES Y ENVÍO DE CUENTOS EN WWW.ANTOFAGASTAEN100PALABRAS.CL
CONSULTAS A INFO@ANTOFAGASTAEN100PALABRAS.CL

PRESENTA:



MINERA ESCONDIDA
Operada por BHP Billiton

“Antofagasta en 100 Palabras” es un concurso de cuentos breves presentado por Minera Escondida y organizado por Fundación Plagio. Desde su nacimiento, en el año 2010, el proyecto se ha ido transformando en una iniciativa querida y valorada por los habitantes de la Región, logrando convocar hasta la fecha a más de 7 mil relatos originales.

Con la entrega gratuita de 20 mil ejemplares de este libro de bolsillo, que reúne los relatos más destacados que participaron en la tercera versión del certamen, damos por inaugurada su cuarta convocatoria. Invitamos a todos quienes tengan algo que decir sobre la vida en la Región de Antofagasta a unirse a este proyecto cultural. Miles de nuevos lectores estarán esperando conocer sus historias.



WWW.ANTOFAGASTAEN100PALABRAS.CL

AUSPICIA:



ORGANIZA:

Fundación
plagio